

# CARAMELOS DE CAFÉ



Paula Dalli

Paula Dalli

Caramelos de café

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Paula Dalli, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2018

Depósito legal: B. 1-2018

ISBN: 978-84-08-18061-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

¿Quién no se ha pasado la adolescencia soñando con cumplir los dieciocho? ¿Quién no ha pensado que el día después de su decimoctavo cumpleaños se abrirá un mundo de independencia y de posibilidades infinitas? Sin embargo, Valentina apoyaba el pie derecho en el mismo adoquín rajado al salir por la puerta de su casa todos los días; se convencía de que esa era la forma de tener un buen día; porque, aunque lo negara, la mala racha que se había desatado tras su decimoctavo cumpleaños la había vuelto algo supersticiosa.

Altea era precioso, a Vale no le cabía duda; pero era un pueblo pequeño, todo el mundo se conocía y eso es un problema cuando se quiere olvidar. Apenas le quedaban un par de meses para irse a Madrid y por fin empezar a vivir su mayoría de edad como siempre se la imaginó. Si algo negativo tenía

mudarse a la capital era tener el mar a más de 400 kilómetros de distancia. Por eso, aprovechaba muchos amaneceres de julio para simplemente salir a la puerta de su casa y observar el sol asomarse tímidamente entre los dos acantilados desde los que alguien había decidido empezar a dibujar el trazado de la fina línea que separa algo tan inmenso como el mar y el cielo. Sabía que lo iba a echar de menos.

Se paraba a pensar en la aparente grandeza de esos tres elementos: la tierra, el cielo y el mar, y en lo delicados que son en realidad. Eso pasa también con las personas. Las que parecen más fuertes y bravas guardan una delicadeza interna a la que solo pueden acceder aquellos que saben cómo ganársela. Vale hizo merecedor de su delicadeza a Marc, el chico con el que llevaba compartiendo dos años y medio de su vida y junto a quien estaba convencida pasaría el resto de sus días. Era un sentimiento muy intenso y muy real, pero aun así no se veía capaz de describirle a casi nadie lo fuerte que lo amaba, pues estaba segura de que muchos le hubieran dicho que no era posible sentirse así a los dieciséis años; que era pura tontería. Habría negado con rotundidad e incluso apostado dinero si, antes de empezar a salir con Marc, alguien le hubiera dicho que sería tan romántica y dulce (hasta el punto de parecer empalagosa) como lo había sido al enamorarse de él. No sabía dar una explica-

ción, simplemente se dejaba llevar por las mágicas sensaciones que recorrían su cuerpo cada vez que sentía el roce de su piel en un abrazo, cada vez que le escuchaba a través del teléfono o cada vez que recibía un mensaje suyo. Flotaba de felicidad.

Sin embargo, la segunda Navidad que pasaron juntos debió nevarles tanto encima que la cosa se quedó congelada. Para cuando llegó la primavera, la nube estable sobre la que la pareja llevaba dos años posándose estaba a punto de deshacerse en forma de lluvia y eso dejaba a Valentina con dos opciones: echar a volar como un pájaro en busca de un nuevo destino, antes de que las plumas se le mojaran; o quedarse quieta y dejarse caer a la tierra, sin saber sobre la copa de qué árbol caería. Quiso inclinarse por la primera opción, pero unos vientos huracanados de marzo la desviaron.

En el calendario que colgaba de la puerta de su habitación, había marcado una cuenta atrás con los días que le quedaban para que arrancara su nueva vida como universitaria en Madrid. Lejos de todos los vientos que estaban desgastando sus alas. Por fin podría volar libre.

No existe una medida de tiempo exacta para que se solucionen las cosas, pero pasar la noche anterior en vela había sido tan productivo que aquella

mañana Vale se había levantado de la cama («despertar» no sería el término adecuado, pues no había llegado a dormir) con un subidón considerable de energía.

Con una actitud renovada, despejada y sin necesitar tomarse un café (menos mal, porque odiaba su sabor), salió de casa sin llaves, sin rumbo. Incluso se olvidó de su chaqueta vaquera para las mañanas frescas y húmedas típicas de los pueblos de costa.

Llena de una energía imparable y una detectable ansiedad que descargaba en sus zancadas, decidió pararse e intentar calmarse. Cerró los ojos, y se concentró en escuchar los inofensivos rugidos de un mar Mediterráneo que aquel día jugaba a ser océano. Ella lo veía como un gato doméstico con aspiraciones de ser león salvaje. Cuando consiguió que el ritmo de las olas apaciguara el rápido ritmo de su pulso, sin llegar a bajarle el ánimo positivo, siguió caminando a paso ligero, todavía sin destino determinado, pero esa incertidumbre le gustaba.

A su paso, Vale sonreía apreciando el ánimo de los ancianos extranjeros que viven en Altea y los pueblos que la rodean. Todas las mañanas eran ellos quienes «ponían las calles» con su equipación oficial: bicicletas con cesta, unas gorras blancas de visera resistentes al viento y sus sonrisas permanentes; inmunes a los gritos y malos gestos de algunos con-

ductores alicantinos a quienes parecían siempre estorbar.

Aunque tuviera que desviarse de su ruta habitual, a Valentina le gustaba atravesar un pequeño callejón del casco antiguo que siempre escupía una fuerte corriente de viento donde se intensificaba el híbrido olor a pan y pasteles que salía de una pequeña panadería tradicional. Eso siempre le avivaba el buen humor. De pequeña, compraban el pan en esa tienda y no había vez que no le pidiera a su madre quedarse asomada entre las dos vitrinas que separaban los dulces de los salados mirando los entresijos del obrador: el horno de piedra, los esponjosos rellenos de nata, la crema pastelera, los chocolates o el merengue y las masas caseras, tan elásticas y moldeables.

—¿Me dejas mirar la plastilina que se come, mami? —siempre pedía.

El olor de la panadería terminó de abrirle el apetito. Su GPS instintivo puso sus pies rumbo al paseo de la playa del Albir, el pueblo vecino. Acababa de marcarse un objetivo claro: desayunar una tostada de pan de semillas con tomate y queso fresco sentada sobre una carretilla restaurada que formaba parte del mobiliario de D'Origen, la nueva y única cafetería *vintage* que había por la zona, como esas que Valentina llevaba ya un par de años viendo en las fotos de los *instagramers* madrileños. Aunque



ella no tuviera quien le hiciera fotos. Estaba sola y se acababa de proponer disfrutar de su soledad.

Eran ya las 9.30 de la mañana y probablemente su padre se extrañaría al levantarse y no ver a Vale en casa. Era ella quien volvía siempre con una barra de pan un rato antes de que Ramón se despertara. Era comprensible que dependiera de la compañía de su hija, pues el hermano pequeño de Valentina, Rafa, tan solo tenía quince años y no entendía, o no quería entender, lo que había pasado en su casa. Ya se sabe, los hombres tardan más en madurar que las mujeres. Aunque nadie quisiera reconocerlo, era muy obvio que, para Ramón, Valentina siempre lo había sido todo, su ojito derecho. En aquel momento todavía más, pues estaba siendo su mayor y casi único apoyo.

Llevar una empresa nunca había sido un trabajo fácil. Ramón se pasaba los días y los meses de reunión en reunión, yendo y viniendo a Madrid, Baleares e incluso alguna vez también paraba en Canarias. Coordinaba las temporadas de verano de su cadena hotelera, The Sun Club, que contaba con cuatro hoteles: dos en Benidorm, uno en Formentera, otro en Ibiza y un quinto en proceso de construcción en Fuerteventura. Rondaba los cuarenta y cinco años y amaba el ciclismo. Además, se cuidaba mucho y era evidente que tenía dinero. Para las mujeres que trabajaban con él, Ramón era

casi tan irresistible como para Vale el olor a galletas horneándose. Las tentaciones eran continuas, y la distancia entre Ramón y Manuela (la madre de Valentina) también.

Manuela se encargaba de la contabilidad de la cadena desde la oficina de Alicante para no tener que dejar a sus hijos a cargo de nadie. Cuando llegaron a oídos de Manuela las primeras sospechas y rumores de infidelidad, Ramón, inocente todavía, trataba de defenderse. Aunque al principio no le costaba mantenerse frío y al margen, los chismes no eran inmunes a la distancia. Durante el último año, Valentina y Rafa habían sido testigos de las muchas peleas telefónicas que Manuela tenía con Ramón, y aunque ellos no escucharan las intervenciones de su padre, intuían los motivos de las disputas.

Tras meses de tempestad y calma diaria con su mujer, Ramón cedió a los encantos de la que iba a ser la subdirectora del nuevo hotel de Fuerteventura, y se dejó llevar por las provocaciones que llevaban tiempo persiguiéndole.

El sentimiento de culpa y la presión que sentía era tal que, durante una de las ya cotidianas discusiones telefónicas con su mujer, acabó dándole la razón. Lo que nadie se imaginó fue la reacción que tuvo Manuela. Aprovechó que Ramón iba a tardar todavía quince días en volver para llorar desconsoladamente, vaciarse y construir una coraza que es-

tuviera lista, pintada y barnizada para cuando su marido llegara a casa. Tan florecida la vio Ramón al volver que se derrumbó arrepentido ante ella, rogando perdón. Un espectáculo desagradable que no le pudieron ocultar a Valentina y Rafa. Los desconsolados lloros no fueron suficientes para Manuela. Dura y fría ante el que había sido su marido y sus dos hijos, su respuesta no fue otra que un inesperado y helador «la semana que viene me voy de casa. Me voy a vivir con Alberto».

El estado de *shock* le duró a Ramón una semana y la depresión estaba ya por el tercer mes. Valentina había sido testigo de la intensiva reforma interna que Manuela había llevado a cabo en menos tiempo de lo que tardan en reconstruir una casa en esos *realities* de la tele, y por eso la respuesta de su madre no fue tan inesperada para ella. Manuela y Valentina nunca fueron las mejores amigas. Todos sabían que su ojito derecho era Rafa, a pesar de que su hijo pequeño no aspiraba ni a terminar la ESO ni a hacer una pechuga a la plancha. Pero la buena relación entre madre e hijo no impidió que Rafa sufriese un varapalo, en especial al ver a Manuela reaccionar tan fríamente y a Ramón tan destrozado. La situación de sus padres le dejó con un amargo sabor de boca, y finalmente decidió quedarse al lado de su padre y de Vale, rechazando la oferta que Manuela hizo a sus dos hijos

para que fuesen a verla cuando se instalara definitivamente.

Alberto, la nueva pareja de Manuela, era (pues fue inmediatamente despedido por Ramón) el jefe de marketing de The Sun Club de Benidorm. Siempre había tenido mucho contacto con Manuela por trabajo. Cuando los rumores sobre las infidelidades de su marido empezaron a brotar, se convirtió en el hombro en el que lloraba, y más tarde, en los muros que besaba.

Así fue como Valentina se vio comprometida a adoptar en su casa el doble y difícil rol de madre e hija. Se convirtió en estudiante, limpiadora, chef, confidente y *personal shopper*, pero de las poco glamorosas: de esas a las que su padre le da una larga lista de frutas, verduras, carnes y pescados que comprar en el mercado del pueblo, escrita con caligrafía propia de médico en un *post-it* milimétrico.

En la cafetería empezó a sonar el disco *Continuum* de John Mayer, que arranca con los positivos acordes de *Waiting for the World to Change*. El *barista* (que en lenguaje hípster significa camarero 2.0 experto en cafés) era Jon. Aunque personalmente solo le conocía porque le había atendido allí un par de veces, sabía que tenían muchos amigos en común. Más de una vez había escuchado su nombre en con-

versaciones. No podía negar que siempre lo había encontrado especialmente atractivo y simpático al atenderla, pero nunca tanto como para, en honor a su nombre, hacerse la «valiente» y pedir un café para impresionarle. Entraba y salía a servir bailoteando lo que estuviera sonando, jugando a girar y hacer malabares con las bandejas. Su aspecto no desentonaba para nada con el estilo del local. Las cosas claras y Jon bronceado. Se notaba que durante el verano pasaba al sol sus ratos libres y lucía un moreno de esos que aguantan hasta Nochevieja. Tenía unos ojos verdes que contrastaban con su piel y le hacían innegablemente atractivo. Sus labios algo carnosos y su sonrisa muy bonita, recta, con unos dientes no muy grandes y perfectamente alineados, víctimas de una larga y tortuosa ortodoncia. Llevaba el pelo algo larguito, quizá lo suficiente como para atarse un pequeño moño, aunque siempre le había visto con el pelo suelto. Era castaño, pero con algunos reflejos dorados del sol que le etiquetaban de surfista. Aquel día vestía una camisa gris y un delantal vaquero. Las mangas arremangadas hasta el codo dejaban ver un par de tatuajes que llevaba en el antebrazo izquierdo, algo así como un león no muy grande y un tenedor rodeándole la muñeca derecha como si fuera una pulsera. Al ser consciente de que se estaba fijando en todos esos pequeños detalles de Jon, Vale se sonrojó.

Los pueblos son pequeños, y Facebook muy listo. Le había visto infinidad de veces entre las «sugerencias de amistad» y en su foto de perfil posaba «desprevenido» con su novia: la tabla de surf. Era obvio que no tenía aspecto de autóctono del pueblo, como las naranjas, sino más bien de hípster californiano, pero Valentina no había sido tan psicópata de *stalkearle* por todas sus redes sociales en busca de fotos con su familia como para sacar conclusiones sobre si era español, alemán o checo; aunque al escucharle hablar en valenciano con los clientes, se podía opinar que lo hablaba mejor que algunos vecinos.

Jon subió el volumen de la música como para provocar que Vale saliera de ese trance en el que estaba sumergida. Al levantar la mirada de su casi vacío vaso de zumo de naranja, le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa con la misma prisa con la que salió bailoteando a tomar nota a la única mesa que acababa de ocuparse en la terraza del D'Origen Coffee. Quizá los *baristas*, además de dibujar cosas en los capuchinos, desarrollaban algún tipo de superpoder de conexión mental porque, aunque en aquel instante ella no se diera cuenta, fue él quien decidió meter ese disco en el reproductor o buscarlo en Spotify y darle al *play*. El mensaje de la canción que sonaba era: «Esperando a que el mundo cambie». Eso era lo que Valentina llevaba tres meses haciendo. Ya había puesto punto y final a la espera.

Con lo inquieta que era, a Vale no se le podía dar un boli y pedirle que no garabateara sobre cualquier superficie que aceptara tinta. Mientras esperaba a que Jon recogiera su *ticket*, se dejó llevar por la voz y la guitarra de Mayer tarareando «Gravity, has taken better men than me, how can that be?», mientras dibujaba notas musicales en su servilleta arrugada y llena de migas de pan. Dejó el hueco perfecto para terminar su obra de arte con las palabras de la última y repetida frase de la canción, «Keep me where the light is» («mantenme donde está la luz»). Sin ser consciente de ello, en la mesa se dejó la servilleta como un añadido a su propina.

Volvió a casa igual que salió, sin bolso y sin chaqueta, pero con los bolsillos recargados de motivación y sonrisas. Al fin y al cabo, solo le quedaba mes y medio para ayudar a su padre a superar la depresión, para enseñarle a cocinar, a limpiar y a comunicarse con Rafa, que estaba profundamente inmerso en una complicada edad del pavo. Empezar el doble grado en Edificación y Administración de Empresas en Madrid sin duda sería la mejor decisión del año; de hecho, los Ferrán Álvarez arrancaron enero convencidos de que Vale lograría la nota de selectividad para entrar en la Universidad Politécnica. Aunque en aquel momento tener la excusa para irse a Madrid era el mejor remedio para no dejarse absorber de nuevo por las nubes negras que encapotaban

el techo de su casa en la calle Sant Antoni, había llegado a plantearse cambiar la carrera y quedarse en Alicante. Ramón siguió insistiéndole en las facilidades que tendría a la hora de encontrar trabajo siendo algo así como una arquitecta técnica, y más teniendo el doble grado con Administración de Empresas. Estaba segura de que su padre se sentiría fatal si seguía insistiendo en plantear la posibilidad de tirar la toalla. Hasta ella sentiría su propia decepción después del esfuerzo que había hecho por sacar una buena nota en selectividad a pesar de haber pasado por los abandonos de Marc y de su madre.



Los wasaps entre Valentina y su mejor amiga Melanie eran prácticamente diarios. Las videollamadas por Skype, semanales, aunque durante aquel mes de julio la cosa se les había complicado, pues su amiga estaba pasando el verano con su familia materna en Melbourne y no era moco de pavo poder ponerse de acuerdo para hablar con la diferencia horaria. Melanie era dos años mayor que Vale. No se puede considerar que tuviesen una amistad de las de toda la vida, porque se conocieron cuando la extranjera tenía dieciséis años y Valentina quince, durante el primer recreo del curso en el Bellaguarda, uno de los dos institutos que había en Altea.



Por aquel entonces, Vale llevaba ya un tiempo solo relacionándose con los chicos de su clase, aunque en los recreos la cosa se complicaba porque ellos preferían jugar al fútbol (una vez lo intentó y se traumatizó al llevarse un pelotazo en la cara). Estaba acostumbrada a sentarse en un banco o, en caso de que no hubiera sitio, bajo un árbol, a devorar cualquier libro cuya portada le llamase la atención. Había aprendido a hacer oídos sordos a la cantidad de tonterías que las únicas tres chicas de su clase parecían saber soltar por la boca. Cuando tu padre tiene dinero y vives en un pueblo pequeño, no hay forma de poder ocultarlo. «Pija de mierda» y «¿Por qué no te vas a un colegio privado?» eran solo un par de una larga lista de insultos y preguntas absurdas que las chicas estuvieron soltándole a voces durante los recreos de casi un curso y medio para dejarle claro a todo el instituto que la familia de Valentina tenía dinero, y que ellas estaban sumergidísimas en la edad del pavo.

Aunque no le importaba la soledad a la que ya se había acostumbrado, antes de arrancar cuarto de la ESO, Vale se agarró a un atisbo de esperanza, por si acaso el sol del verano hubiera hecho madurar a las idiotas de su clase. No era rencorosa e incluso llegó a sentir pena por la inmadurez de sus compañeras. Se imaginó que quizá alguna chica nueva entraría en clase y podría hacerse amiga suya, pero era cons-

ciente de que con quince años poca gente se cambia ya de instituto.

Lo que no se imaginó fue que una chica se incorporaría a primero de bachillerato. Mucho menos pensó que los de bachillerato fueran tan poco comprensivos como para no intentar incluir a la nueva en la piña. Cuando Valentina la vio, tan pálida nada más acabar agosto, sentada bajo el árbol que había sido su propia base de aislamiento meses atrás, comiéndose un sándwich en pan de molde blandurrio relleno de algo no identificable, supo que la chica no hablaría valenciano precisamente.

—*He, hello...* —se lanzó tímidamente, sin saber siquiera si le respondería en inglés.

—*Hi* —le respondió la rubia sin vergüenza y con una sonrisa de oreja a oreja mientras rumiaba un mordisco de sándwich en la boca.

—*Do you speak Spanish?* —le preguntó con miedo Vale. Con el corto saludo no había sido capaz de intuir su acento para identificar de dónde era.

—Uno poquito —respondió riendo tímidamente mientras se levantaba del suelo, consciente de que probablemente lo había dicho mal.

A Melanie no le quedó más remedio que aprender español en menos de lo que duró su primer curso en Altea. La cabezonería de Valentina hizo que no quisiera traducirle al inglés ni una sola coma de lo

que hablaban. Si hacía falta, acompañaba sus frases con lenguaje de signos y, si se atascaba más, también le pedía a la rubia que repitiera la frase hasta que conjugara bien los verbos.

Y así fue como surgió aquella amistad tan peculiar entre una alteana que podía contar con los dedos de su mano izquierda las veces que había salido de España, a pesar de que su padre manejara un imperio turístico (pues ya se sabe, en casa de herrero, cuchillo de palo), y una australiana que había llegado a Alicante porque su padre, barcelonés de nacimiento y ciudadano de Sídney por enamoramiento y trabajo, había tenido la brillante idea de mandarla a pasar un año con su hermano (el tío de Melanie), para que aprendiera de una vez por todas español. Aunque solo iban por su tercer año de amistad, habían sido tan intensos que incluso confundían a algunas personas cuando hablaban sobre su amistad, porque se consideraban hermanas de verdad.

Aunque le resultó duro lidiar con tener que pasar sola muchos recreos, Valentina daba las gracias por ello, pues no solo le sirvió para valorar la amistad real, sino que además le había obligado a madurar pronto. Sin perder la forma de ser y hacer de cualquier chica adolescente, había forjado una conciencia envidiable para su edad. Si no hubiera tenido que escuchar todos esos insultos y estupi-

deces, aquello no hubiera pasado. Quizá nunca hubiera conocido a Melanie y, quizá, no hubiera sabido apoyar y entender a su padre tras la separación.